

NUESTROS CLÁSICOS

Nota al folleto *Ricos y Pobres*, de Luis Emilio Recabarren

Manuel Loyola

Editor Revista de Izquierdas, Universidad de Santiago de Chile

Hijo de una familia de sectores medios empobrecidos, la vida del líder obrero chileno Luis Emilio Recabarren Serrano (1876-1924), se despliega en una época marcada tanto por síntomas de malestar y rechazo hacia el orden oligárquico decimonónico, como también por los anuncios de la novedad y los anhelos de cambio. Respecto de tal clima de ánimo, Recabarren fue parte de las voces críticas que clamaron por modificaciones sustanciales en la trama institucional del país, y su folleto *Ricos y Pobres a través de un siglo de vida republicana*, de 1910, debe ser citado como una suerte de clásico distintivo dentro del conjunto de textos y discursos que dieron expresión a la llamada «literatura de la crisis».

Ahora bien, más allá de ciertas sensibilidades compartidas (por ejemplo, las preocupaciones por lo «nacional» o lo «social») pareciera que entre los autores y publicistas críticos, no hubo otro punto de identidad que el del *sentimiento de crisis*. De igual manera, la falta de unidad entre ellos, también se refleja en la carencia de una idea común acerca del origen de las dificultades. Mientras para unos la raíz del mal que denunciaban radicaba en la decadencia del «ser nacional», para otros, la negligencia gubernamental, la relajación moral de las clases altas, los problemas de la raza, de la educación o del sistema monetario, constituían, por separa-



Luis E. Recabarren en 1928 (Biblioteca Nacional de Chile - Archivo Fotográfico).

do o relacionadas, otras tantas causas de la ruina. Si hay un punto de comunión, ese no tuvo que ver tanto con los contenidos como con la actitud de sinceridad y pesar que es posible percibir en el semblante político-emocional que trasuntan los ensayistas de la mencionada «literatura de la crisis».

Ahora bien, Recabarren y, junto con él, otros que lo antecedieron o fueron sus contemporáneos, presentaron también un discurso crítico respecto de la sociedad en que vivían, mas su crítica no era el dolor de su

persona ni de lo que representaban. Si para algunos de los ensayistas la tematización de la frustración y el desaliento implicaba el naufragio de todo lo que tenían por verdadero y valioso con relación al país —de ahí la reiterada nostalgia por el Chile de antes de 1870, el Chile portaliano que se volvía a proponer como mito restaurador—, para la vertiente socialista, la crítica importó un principio constructor de una nueva realidad, de un proyecto utópico que presentarían no como especulación quimérica, sino como posibilidad histórica necesaria de verificar. Recabarren tiene claro que la tarea a emprender no es fácil ni menos sencilla, no obstante, el sentido básico de su discurso fue tremendamente esperanzador. Otros podrían quejarse de su tiempo, comprometiéndose amargamente el futuro: lo digno y significativo para la nación ya había acontecido y lo venidero, con suerte, sólo traería remedos de una gloria que, o estaba de una vez por todas perdida, o requería de hombres con tales talentos que resultaban muy difíciles de encontrar.

Recabarren, en cambio, ofrecerá una apuesta emergente —asentada en la valía de los hombres de trabajo— que contrastaba con el decadentismo republicano y moral de su tiempo. Ciertamente, él no se siente comprometido con el pasado de la nación: éste ha sido un completo fracaso y nada es posible reconocerle, y si lo ha de tener en mente, sólo será para catapultar su promesa de renovación. Esa es la nación que le interesa, la que viene, no la que ha sido, sino el que será, en un tiempo que supone no lejano. Más allá del problema del derrumbe moral de la clase alta, Recabarren representó al vocero de la nueva moralidad social que vendría a recomponer la unidad de la verdad perdida entre tanto engaño y egoísmo: la verdad de la dignidad proletaria, nacida y alimentada en los afluentes de la razón y los sentimientos.

A comienzos de 1902, en diálogo epistolar

con Abdón Díaz (impulsor de mancomunalismo en las oficinas salitreras del norte de Chile), el dirigente obrero se pregunta por las causas que daban existencia a lo que llamó un «anacronismo fenomenal», expresión por la cual buscó fijar el dato básico que, a su entender, determinaba la realidad histórica del país, a saber, la constatación de la total ausencia de justicia que reinaba en las relaciones sociales, en particular, en el campo de lo económico. Pues bien, en tanto «anacronismo», la referida carencia de justicia resultaba una cuestión absolutamente insostenible, sea moral como históricamente; de este modo, era imperioso poner término a esa situación, conclusión que para Recabarren no sólo significaba la abolición de un determinado estado de cosas, sino también, la necesaria entrada en vigencia de un nuevo orden social moralmente justo. Entre uno y otro estado, cabían los requerimientos de la acción política revolucionaria de los componentes de la clase trabajadora, la cual, en su actuación, debía ajustarse a un determinado imperativo de orden esencialmente ético.

Como fue dicho, Recabarren se insertó en el ánimo crítico que prevaleció en los círculos políticos y reflexivos de comienzos de siglo pasado, pero lo hizo de un modo significativamente distinto al de sus contemporáneos. La distinción en él corrió por cuenta de la propositividad ético-proletaria que se afanó en exponer en tanto fundamento de una nueva cosmovisión política del mundo popular chileno de entonces. En términos de sus manifestaciones más explícitas, esta cosmovisión debía propiciar el desarrollo de una cultura obrera ilustrada en calidad de fundamento de una acción social y política capaz de redundar en la emancipación completa del pueblo. Nada de esto hubo en el resto de la intelectualidad crítica.

El Centenario del proceso independentista iniciado en Chile en 1810, dio motivo para numerosos festejos oficiales. La ocasión —como era de esperarse en este tipo de circunstancias— fue propicia para el montaje de una seguidilla de solemnes discursos, banquetes y pompas republicanas donde la clase pudiente y gobernante ensalzó los empeños y logros acometidos por los prohombres del país, los mismos que, desde los albores de la ruptura con la Corona española, habían hecho de la patria un modelo en una senda plagada de logros y valores cívicos.

Recabarren y otros componentes de la ilustración obrera y mesocrática, reaccionaron ante lo que estimaron no eran sino artilugios públicos y maniobras de embotamiento mental de una población que, a excepción de la mínima franja de adinerados de siempre, poco o nada se había beneficiado tras un siglo de gobiernos independientes. Aún más, lejos de la fanfarria de avances y bienestares, lo que el país presenciaba eran incrementos sin parangón en la pobreza y pésimas condiciones de vida de los chilenos en general, especialmente de trabajadores urbanos y campesinos. Y es que en *Ricos y Pobres*, a diferencia de la constante fijación en los blasones institucionales a que recurren los sectores dominantes al momento de justificar su desempeño, el verbo recabarriano es completamente social, óptica ineludible al momento de ponderar balances y resultados que tocan de manera tan directa al conjunto de la población involucrada en las decisiones de los poderes públicos y estatales. De ahí que su prosa sea certera y sin retoques al hacer la relación de hechos que, a su juicio, caracterizaban la realidad popular chilena hacia 1910: analfabetismo, ignorancia, imperio de los engaños religiosos y patrioterros, abyección y venalidad públicas, explotación obrera, arribismo clasista, alcoholismo, estado lamentable o ausencia de

servicios sociales y rehabilitación, connivencia con poderes imperiales... En síntesis, luego de un siglo de vida independiente, el Chile popular, el de la casi totalidad de su población, seguía tan mal —si no peor— que en los tiempos de Colonia, de modo que bien podía concluirse que el pueblo no tenía ninguna razón para celebrar ni menos sentirse parte de la fantochería gubernamental.

El talante de Recabarren en *Ricos y Pobres* es marcadamente crítico y de denostación de la clase gobernante y, salvo algunas páginas donde apunta a los factores de regeneración social y política de la sociedad a base de la actuación libre y consciente de los hombres de trabajo, no es posible hallar aquí una exposición más extensa de sus ideas de emancipación y socialismo. Dos glosas podrían dar comprensión a esto: de un lado, que el escrito fue, en su origen, una conferencia pública ante un auditorio compuesto preferentemente de campesinos escasamente proletarizados, de modo que la denuncia de la burguesía nacional y la apelación a la recta comprensión histórica del Centenario —comprensión social— por parte de la audiencia, llevó a evitar complejidades especulativas. De otro, para la época de redacción de la conferencia, Recabarren estaba en tránsito de componer un repertorio de definiciones socialistas las que, en alguna medida, culminará un par de años más tarde, cuando en compañía de cientos de obreros y adherentes, funden el Partido Obrero Socialista. Con todo, la alta significación del texto que aquí presentamos no sólo ha de ser estimada con relación a los aspectos ya mencionados (clásico en la literatura crítica del Centenario; su impronta como análisis materialista de la sociedad chilena) sino también, para la misma época de su redacción, como contenido que actuó de base para la formación y despliegue de sectores importantes del mundo obrero-popular chileno.